

CANTO A MI AMADA...

POR GOIKO-GANE

Constantemente te veo y te miro, en mis paseos por la ciudad, en la ida y en la vuelta de mi trabajo, al salir o al entrar en mi Parroquia... continuamente te siento... y te sueño, te sueño, tal como eres, inmóvil, majestuosa, dura pero atractiva y admirada.

Tú al igual que la más hermosa y adorada de las novias has merecido y escuchado las más bellas palabras del hombre, que a medida que los siglos avanzaban y mayor era su cultura, su sentimiento hacia ti, sufría una maravillosa metamorfosis, ya que de odiada y temida, pasaste a ser admirada, y esta admiración, pronta y rápidamente se convirtió en amor... amor puro, sin egoísmos de gloria ni vanidad... amor sublime... amor único, porque jamás nada terreno inspiró tanto a mor como tú, ¡oh mi amada!

Sin embargo, tú, pagaste al hombre con dureza, porque eres fría... eres a veces traidora... eres insensible... jamás sentiste en absoluto que muchos perdieran la vida por tu conquista, eres dura como nunca lo haya sido nada ni nadie; no obstante te aman, y te repito con un amor puro y sin igual.

A pesar de toda tu frialdad y de toda tu dureza, en ti, se recrean como en una bella poesía los hombres que han conseguido comprenderte, y cuando, como en los galanteos entre jóvenes enamorados, la noche viene a romper el romance, y han de alejarse de ti, vuelven la cabeza mientras puedan verte y después, cuando lejos ya no te ven aunque te sientan, entristecen y solo consiguen alegrarles el recuerdo de la próxima cita, sueñan ya con ese día y ese momento, y recreándose en su recuerdo, cuentan con avidez las horas que hasta esa cita les separan, y así una y otra vez, cada semana, cada mes, cada año, toda una vida.

Tú eres hermosa y como niña graciosa, eres presumida y también como guapa jovencita, altiva y desdenosa algunas veces. Pero el hombre a quien has enamorado, así te quiere, y por nada te cambiaría, quizá sea porque el hombre a quien has enamorado es duro y a la vez romántico y ha hecho suyo aquello que dice que... «Lo que cuesta es lo que vale...». Por eso los que no pueden conseguirte, te odian y aborrecen a los que amor sienten hacia ti... les llaman «locos», hermosa locura, la de un amor tan puro. Sé que no les haces caso, haces bien, no debes hacerles porque no te conocen y lo que más les duele es que quisieran poder hacerlo, pero como te he dicho antes para eso hace falta ser duro y constante a la vez que romántico y ellos, les que de ti reprochan, no lo son y están muy lejos de la verdad al querer

convencer a otros de lo que ellos mismos no están convencidos. Yo sé que tú, indiferente no reparas en ellos y los ignoras, mejor, haces bien, repito, no merecen que tú, majestuosa y singular, te molestes por insidias de ignorantes.

Muchos y estupendos libros, tu vida y tus cualidades y defectos, se han escrito; también en una buena cantidad de libros magníficos, se cuentan las portentosas hazañas de tus conquistadores y los en que te presentan, como despiadada al narrarnos la cantidad y calidad de los peligros... fatigas... privaciones... etc., que solo con un amor tan grande unido firmemente a una preparación física de hombres duros y avezados y constantes, como todos y cada uno de tus conquistadores han de poseer, solo con estas condiciones se puede pretender tu conquista. Pero es tan grande la satisfacción que al vencerte sienten y tan sublime el sosiego que en tu cima se experimenta que eres, ¡oh MONTAÑA!, única en admiradores amantes de emociones y dificultades, como hombres fuertes y duros que son, y amantes de bellezas, que tú ofreces sin tino a su romanticismo, y que lega al ser insuperable al hollar tu cumbre

Son atletas, tus admiradores, de un deportivismo puro y firme. Jamás después de vencerte te humillan, antes al contrario, te admiran más pues te conocen mejor y saben de tu poder y de tu valor.

Grandes son las hazañas y los hechos ocurridos en tu seno, ¡oh montaña!, que la historia ha escrito, pero solo te recordaré, por citar algunos, que tuviste la dicha de escuchar las más consoladoras palabras que el Señor dirigió a los hombres: las Bienaventuranzas. También fuiste testigo de las oraciones que Dios hecho Hombre dirigió a Su Santo Padre; tú presenciaste en unión de Juan, Pedro y Santiago la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo; fuiste asimismo el escenario donde Dios Padre entregara a Moisés las tablas de la Ley que los hombres hemos de guardar para ganar el Paraíso. Y, finalmente, te recordaré también que en tu seno, ¡oh mi montaña!, expiró Nuestro Salvador en el colmo de su amor por nosotros.

Quizá recordando todo esto no tenga que parecer tan extraña esa sensación de proximidad hacia Dios que sienten los hombres en tu cima. No es raro, por eso mismo, que en el monte se sientan los hombres, aun los más perversos, más espirituales... más dignos... más amables... más alegres... más dichosos... en fin, mejores.

Por todo esto, yo, ¡oh montaña!, no puedo dejar de cantarte mi admiración y mi respeto, recibe mi más sentido agradecimiento por toda la bonanza que en mi espíritu has inculcado y que nunca jamás quisiera que se borrara de él.